

# ¿COMO ESTAMOS?

Es la pregunta ritual cuando nos encontramos. Hasta hace poco el íbent que nos salía espontáneamente como respuesta no lo percibíamos tan ritual porque tenía alguna relación con la realidad personal y/o colectiva que estábamos viviendo. Un relativo bienestar era una realidad o una esperanza bien fundada. El país se autopercibía en marcha acelerada por el camino del desarrollo moderno. Casi cualquier penuria (económico-social) personal podía suponerse transitoria. Todos y cada uno de los venezolanos vivíamos con la seguridad de estar mejorando y que los efectos contundentes de esa mejoría no tardarían en manifestarse plenamente en todas las dimensiones de la vida personal y colectiva. Era cuestión de tiempo.

Ultimamente esa pregunta golpea. Uno no sabe qué responder. Sabemos que no estamos bien: basta ir al mercado o buscar trabajo, o pretender adquirir una vivienda, escuchar algún noticiero o leer los periódicos... Responder(se) que estamos mal tampoco es tan fácil: significa algo así como echar por la borda ilusiones y esperanzas alimentadas durante decenios, o reconocer que hemos estado engañados. No sabemos a qué atenernos. Es preferible creer que se trata de una situación pasajera, un frenazo ante un obstáculo imprevisto y repentino en el camino o una breve parada obligada por el recalentamiento. Al sortear el obstáculo o recuperar la temperatura normal volveremos a caminar velozmente.

Hemos estado acostumbrados a un país en el que todo "sale adelante" de alguna forma, aunque aparentemente no sepamos ni cuándo, ni cómo... y no resulta fácil cambiar esa imagen.

## POBREZA SIN ESPERANZA

Una de las características —señalada hasta el cansancio— del proceso de crecimiento en Venezuela ha sido su incapacidad para lograr mecanismos efectivos de distribución equitativa del ingreso. A pesar de ello, la relativa abundancia de recursos y las migajas distribuidas permitieron a las tres cuartas partes de la población vivir en una pobreza con mejorías relativas y, sobre todo, con la ilusión de estar pasando una situación provisional.

La prolongada recesión económica del país (ocho años de crecimiento cero o decrecimiento son muchos!!) han quebrado las ilusiones y desvanecido las esperanzas de salir de la pobreza del setenta y cinco por ciento de los venezolanos.

A nivel macro-económico es cierto que la "crisis" puede entenderse como proceso de transformación y reacomodo, en el cual algunos sectores de la economía entran en recesión y otros en auge (cf. SIC Nos. 486 y 487, págs. 244-247 y 297). La inflación, el deterioro del salario real, el estancamiento del consumo privado y el descenso de la productividad contrastan con el inaudito crecimiento del sector agrícola y de un sector manufacturero haciéndose capaz de sustituir importaciones especialmente por el impulso productivo de las empresas estatales a partir de 1980.

La situación del pueblo pobre, sin embargo, no ha disfrutado de este auge relativo. Los campesinos parameños del Estado Mérida, por ejemplo, reciben un salario de veinte bolívares diarios los días que consiguen quien los emplee. La excelente cosecha de papa de este año significó para esos mismos campesinos una pérdida económica, pues los precios pagados por las "roschas" distribuidoras ni siquiera alcanzan para cubrir los gastos ocasionados por la siembra. En el año del auge agrícola, hay más hambre en la casa del campesino.

En 1978 una familia de seis miembros podía pagar la "canasta mínima de bienes y servicios" con 1.760 bolívares por mes. Aun así el 45 por ciento de las familias percibían ingresos por debajo de esa cifra. Para 1985 esa misma "canasta" costaba 6.250 bolívares mensuales (según la Encuesta de Hogares por Muestreo de la OCEI). Dadas las características de la distribución del ingreso en la sociedad venezolana esto significa que el 75 por ciento de las familias venezolanas están por debajo de esa línea y que el 36 por ciento de ellas no reciben ingresos suficientes ni siquiera para comprar la comida (es decir, menos de 2.500 bolívares mensuales).

La estructura profundamente injusta de la sociedad venezolana se manifiesta

en esta "baja de marea" de una manera alarmante y se convierte en un indicador de cómo no basta una acertada "política económica" que logre la reactivación si no se enmarca en una "política social" que reparta con justicia los beneficios de un nuevo modelo de desarrollo que podría darse a partir de esta nueva coyuntura.

### **LA APLANADORA, SÍMBOLO DE UNA DEMOCRACIA PALABRERA**

La transformación del Estado venezolano de meramente rentista a productor ha repercutido directamente en el modo y posibilidad de su ser "democrático". Hasta la "nacionalización" de la industria petrolera y el desarrollo de un importante sector manufacturero estatal, el Estado venezolano cumplía con su función de guardián del Bien Común reclamando a las compañías petroleras transnacionales —a nombre de toda la nación— una creciente participación en la renta de esa industria extractiva, y luego la distribución de acuerdo a las relaciones de poder existentes en cada momento.

Esa característica ha sido la base de una democracia fundada en la alianza entre el sector económico privado, las Fuerzas Armadas y los partidos AD-COPEI en la cual estos últimos son los encargados de conseguir y mantener el consenso social alrededor de un Estado nacionalista que se enfrentaba representando a un pueblo débil, a las poderosas fuerzas del imperialismo petrolero.

Los partidos han cumplido con su tarea legitimadora a través del establecimiento de unas relaciones populistas que han manejado con suma habilidad (para sus propios beneficios, no para los del pueblo aunque se hagan en su nombre), y la aceptación social de la ecuación "democracia = participación del pueblo = votaciones canalizadas por los aparatos partidistas" (no es necesario recordar que en Venezuela más que "elecciones" existen votaciones).

La reducción cuantitativa de la renta petrolera y la transformación cualitativa del Estado en un productor que tiende a tomar sus decisiones de política económica como tal son una carga de profundidad en las bases de la democracia partido-populista que ha experimentado el país en los últimos tres decenios. Las características actuales del Estado venezolano explican por qué tendemos a un gobierno cada vez menos respetuoso de los pactos económicos, políticos, institucionales, partidistas o sociales...

El tipo de desarrollismo que encarnó la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez asumió como símbolo emblemático el bull-dozer, poderoso tractor capaz de acelerar la pretendida transformación del medio físico. Esta fase de la democracia partidista venezolana parece tomar como símbolo otra poderosa maquinaria: la aplanadora en un intento por mantener un carapacho de formalidades representativas mientras se allana (iaplana!) el camino de poner nuevas bases políticas al Estado productor en las nuevas condiciones económicas, sin que se provoque un cambio en el sujeto conductor de la sociedad, o sea, evitando la-revolución o la participación del pueblo organizado en los mecanismos de toma de decisión.

De allí el acento puesto en la dimensión ideológica del funcionamiento democrático. Esta es una democracia palabrera en la que se habla permanentemente de consulta, participación, libertades... mientras se estrechan los márgenes reales en que se pueden ejercer los contenidos sociales de esas palabras. El Estado productor necesita de gobiernos intransigentes respaldados por partidos convertidos en eficientes maquinarias electorales capaces de taparear con su interpretación de las cosas (bajando línea) el fondo verdadero de las decisiones (sobre todo en política económica), de mantener un clima permanente de campaña electoral que focalice y reduzca la participación del pueblo exclusivamente a ellas y no en las decisiones vitales del país. Para una y otra función se usa y abusa de la falacia por la que se explica nuestra situación crítica como reflejo y consecuencia de una crisis de la economía mundial, mientras los compromisos de la deuda externa se convierten en excusa para la eliminación o reducción de los recursos destinados a una real distribución social de la riqueza. Todo ello, además, ejerciendo un sistemático control y una sutil manipulación de la información y de los medios de comunicación sin los cuales, como se sabe, la democracia es palabra hueca.

Así es como estamos ¿Cómo estaremos si seguimos este camino?